COLECCIÓN RUBÉN DARÍO.—VOLUMEN I

EL GLOSARIO DE LA VIDA VULGAR

POESÍAS INÉDITAS

DE

LUIS G. URBINA

Creer-Crear.

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE GREGORIO PUEYO
CALLE DE LA ABADA, NÚMERO 19, MADRID

El glosario de la vida vulgar.

Luis G. Urbina

El glosario de la vida vulgar

Creer-Crear

Imprenta de M. García y Galo Sáez
Madrid.--Mesón de Paños, 8.--Año 1916.

ES PROPIEDAD

Al piadoso espíritu de

Justo Sierra

mi fiel compañero en la soledad
de la expatriación.
Sobre la cual deja caer el maestro,
desde la altura del más allá,
estas cordiales palabras
de sabiduría:

Ama. - Sufre. - Perdona.

Luis.

1916.

Envío al poeta Nervo

Con piedrecillas ásperas, compuse este mosaico;
las que me dió el camino; las que encontré al pasar;
en color inarmónico y en dibujo prosaico,
reproduce un instante de mi vida vulgar.

De sauz extranjero, como poeta hebraico,
colgué mi pena; el aire la hizo, a veces, cantar,
y fueron, en los moldes de mi lenguaje arcaico,
el corazón, mi ritmo, mi consonante, el mar.

Bruscos diseños, voces rudas; te los envío
por si tu sabia mano quisiese, hermano mío,
prender en estas páginas una rosa de amor.

Así tal vez volviera la juventud divina
a mis versos, cual suele tornar la golondrina
al muro en cuya lepra se ven ramas en flor...

Luis G. Urbina.

Barcelona, mayo 31 de 1916.

UN GRAN POETA

Afortunado lector:

Aunque lo dudes, en la vida no hay privilegios mayores que el de sentir sobre nuestras almas turbulentas la mirada de paz de un santo, y el de conversar con un gran poeta.

Después de disfrutar del uno o del otro, hasta el menos humilde de nosotros puede exclamar como Saadi: «Yo no soy mas que una arcilla sin valor...; ¡pero viví algún tiempo con la rosa!»

El segundo de estos privilegios se te otorga en el presente volumen, que, para estar más cerca de nuestro corazón y más en contacto con nuestra vida diaria, pretende ser «trivial». Trivialidad tan noble como la del agua, que se nos da a todos en comunión y en cuyas ondas frescas nos sumergimos como en el seno de Dios.

Luis G. Urbina ha llegado a las playas españolas casi al propio tiempo que las golondrinas corvas y los vencejos azulados.

> De pronto, corva y rauda, pasó una golondrina,
> rozando las azules campánulas de seda...

dijo en otro tiempo, en uno de sus más bellos poemas.

Y esa golondrina es él, ¡oh, lector!, y en verdad le digo que así como estas aves parecen traernos el don de la Primavera, él trae a España un don no menos grande: el don de su madurez serena y tierna al propio tiempo, de su emoción tan honda y límpida, que se adueña al instante de nosotros y en la cual hay no sé qué dejo extraño y delicado de mis montañas y de mis valles.

Lector, Luis G. Urbina, uno de los más grandes poetas de América, viene a ti como armonioso huésped espiritual.

Acógelo: necesita el calor de tu España legendaria y cordial, por él y por mí tan amada; necesita de tu sol, mientras el destino le conduce de nuevo al vasto nido del Aguila Azteca; mientras le es dado tornar al suelo bendito donde sus grandes y

pensativos ojos, hoy cargados de tristeza, se asomaron por vez primera al panorama de la vida; mientras puede llevar a su Patria el oro maravilloso de su otoño lírico, de su sabiduría tan humana y de su voluntad tan eficaz para toda blanca y pura empresa.

Amado Nervo.

Madrid, junio 25 de 1916.

El poema del Mariel.

A mis amigos los pescadores.

I

PRELUDIO

A MI CORAZÓN

Quiero que duermas frente al mar. La vida,
tranquilamente dolorosa, tiene
un reposorio plácido que viene
a ungir con óleos de piedad tu herida.

Al éxtasis el cielo te convida;
que tu loca tristeza se serene;
ve la palma, que inmóvil se mantiene:
oye la onda que susurra... Olvida.

Un instante de olvido y ¡adelante,
insomne corazón, pájaro errante,
sin fuerzas ya para tender el vuelo!

Deja que en este misterioso instante,
te serene la palma, el mar te cante,
y te convide al éxtasis el cielo.

II

MAÑANA DE SOL

Palpitan, como alas de pájaros en fuga,
las velas que sacude la brisa matinal,
y el aire, a flor de onda, menudamente arruga
la seda azul, tramada de estambres de cristal.

De la dorada costa la placidez subyuga,
y tiene el viento puro delicadeza tal,
que al refrescarme el rostro, parece que me enjuga
las lágrimas pueriles el beso maternal.

Una bandada de aves por los espacios sube;
decora la brillante blancura de la nube
y mancha el inviolado zafir de la extensión.

Y en la solemne calma de estas horas divinas,
esparcen, a lo lejos, dos voces femeninas,
quién sabe qué ternura que moja el corazón...

III

VESPER

En verdiazul y nácar, como un brocado viejo,
se agita el mar. El firmamento se tornasola,
y en ráfagas de oro, la lívida aureola
del sol pinta las aguas con un largo reflejo.

La franja rutilante, sobre el bruñido espejo,
diadema y atavía la gracia de la ola,
y una estrella entreabre la sideral corola
encima del penacho de un nubarrón bermejo.

¡Qué paz tan luminosa! ¡Qué milagroso encanto!
Retengo en las pupilas una gota de llanto
y en la garganta, el vuelo de un suspiro fugaz.

Crepúsculo de oro, bendito tú que pones
tu gran belleza enfrente de mis contemplaciones
y dentro de mi alma tu luminosa paz!

IV

PREGUNTA INUTIL

PRIMERA MEDITACIÓN

Miro el mar, y lo miro, y a su extensión lejana
pregunto: dime, ¿dónde se ha quedado mi hogar?
Dime si la tristeza de la devota anciana
en el rincón de siempre se arrodilla a rezar.

Dime si canta Luisa; si Rosario su hermana
toca en el piano aquella sonata singular,
que en la salita humilde, frente a la azul ventana,
oía yo en las noches, después de trabajar.

Dime si Luz, la tierna Luz de mi amor, ufana,
con inquietud de pájaro ve la vida pasar,
y si las cuatro, a la hora de la cena temprana,

en torno de la mesa se ponen a llorar...
Y miro, en vano, el límite de la extensión arcana:
ni el corazón se aquieta, ni me responde el mar.

V

ALBORADA

EN BLANCO MENOR

Blanco de leche sonrosada. Apenas
una línea de azul empalidece
el gris del horizonte. El mar parece
inundación de jugo de azucenas.

Hay en las nubes blancas y serenas
un tímido rubor que resplandece,
y sobre el carmen celestial, florece
el lirio de un lucero. En las morenas

verduras un bohío se emblanquece;
fulge una orla de espuma en las arenas,
un ocre resplandor se aviva y crece;
rompe la luz en triunfo sus cadenas,
y se deshace en púrpura. Amanece.

VI

EL DIA SILENCIOSO

El mar, pulido y claro, parece una turquesa:
añil en la distancia, cristal junto a la orilla.
El sol, que suavemente los horizontes besa,
como un velo de oro sobre las aguas brilla.

A impulso de los remos la barca va, traviesa;
con un lampo de plata la superficie astilla;
y luce, al pie del monte, que un verde seco espesa,
la playa que se tiende radiante y amarilla.

Un alcatraz que llega con desmayado vuelo,
en la ola, como en rico tapiz de terciopelo,
la punta de las alas extiende y abre en cruz.

Ni un ruido, ni una queja, ni un ansia, ni un anhelo:
la vida, enamorada del ópalo del cielo,
se place en el letargo de una embriaguez de luz...

VII

NOCHE AZUL

Azul, azul, azul, como de ensueño;
profundo azul de claridad extraña;
azul en que el espíritu se baña
y se adormece como en un beleño.

Es una sombra azul todo el costeño
paisaje. En luz de luna el mar se estaña;
y tras el hondo azul de la montaña
el horizonte es plácido y sedeño.

La estrella errante, en prodigioso salto,
cruza por el abismo de cobalto
que resplandece...
Y abre el alma mía,

absorta en el misterio de lo alto,
trémula de pasión y sobresalto,
la flor azul de la melancolía.

VIII

LUCES EN LA SOMBRA

Tiene el antiguo símil exactitud: el faro
es el ojo sangriento de algún titán en vela;
su luz, sobre el obscuro dorso del mar, riela;
del seno de la noche él es un punto claro.

En todas las perfidias de la sombra ¡qué caro
es a la barca frágil que hallar el puerto anhela!
¡Cómo, en las bruscas iras del huracán, consuela
ver la pupila insomne que nos promete amparo!

Borracho y soñoliento canturrea el gigante.
Y el faro, en su impasible parpadear brillante,
piadosamente incrusta su estrella en lontananza.

El símbolo sorprende mi espiritual penumbra;
mi vida se hizo noche, voy al acaso; ¡alumbra
los mares de la suerte, faro de la esperanza!

IX

CONSOLACION AUGUSTA

SEGUNDA MEDITACIÓN

Grano de polvo soy, brizna de yerba,
y sólo mi dolor es grande y fuerte.
¿Por qué me siento triste hasta la muerte?
¿Por qué un inmenso malestar me enerva?

Y, sin embargo, la sonora verba
con su ritmo pueril mi alma divierte
y burlo los escollos de la suerte
«perche cantando il duol si disacerba».

Mucho sufrí, pero mi pena huraña
entona su canción, y todavía
en una dulce lágrima se baña.

Soy un niño que sueña y que confía...
¡Adormece mi mal, mi pena engaña,
y arrúllame en tus brazos, Poesía...!

X

ULTIMA PUESTA DE SOL

Topacios y amatistas, zafiros y esmeraldas,
se funden en la hoguera de un ocaso imperial,
y, en negro, se dibuja, sobre las vivas gualdas,
al filo de las cumbres, una palma real.

Al lado opuesto sube, del monte a las espaldas
—semiborrada esfera de un rmol sideral—
la luna. Y de los cerros las caprichosas faldas
extienden su lujosa verdura tropical.

Rico tisú bordado de perlas y diamantes,
el mar copia del cielo los lívidos cambiantes
y entrega al viento libre su manto de turquí.

Y arriba, en las profundas soledades de arriba,
la estrella de la tarde, doliente y pensativa,
se clava en un ardiente colajo de rubí.

XI

ENVIO

Amigos, dadme vuestras toscas manos; las quiero
para esconder en ellas mi débil mano suave,
que sentirá las gratas impresiones del ave
que descansó al abrigo del peñón costanero.

En inocentes charlas, el corazón sincero
abristeis del cariño con la dorada llave;
en estas verdes playas yo dejo vuestra nave,
y al mar lanzo mi vida. Mi bote va ligero.

No olvidaré el encanto de aquellas horas lánguidas,
que huyeron entre alegres voces y risas cándidas,
y cuentos de peligro, de amor y de fortuna.

¡Adiós! Y salto al bote, y emprendo mi camino,
y arrojo a la onda amarga del mar de mi destino
la red de luz y ensueño del «pescador de luna».

Marzo de 1915.

Dolor austero.

A la hermana Tristeza.

No me lo digas, ya lo sé; lo pienso
porque comparo tu vivir al mío:
sé del dolor inmenso,
sé del profundo hastío.

Sé de la pena que huye y que se esconde
en la sonrisa, y nadie ve ni viola,
y quiere pasar muda,
empenumbrada y sola.

Oculta llevas la incurable herida,
y, por oculto, el malestar te halaga;
y te duele la vida
como secreta llaga.

Es limpia la amargura que atesoras;
son puros tus recuerdos infelices,
porque nunca los lloras,
porque jamás los dices.

¡Cómo en mis brazos soñarías!
¡Cómo a mis besos abrirías
tu juventud en flor, mujer!
Las horas huyen, vuelan los días,
y ya no hay tiempo que perder...

Bogando van mis alegrías;
del mar azul las lejanías
se doran en mi atardecer...
Si tú a mi barca te confías,
entra sin miedo, que son mías
las blancas velas del placer...
Las horas huyen, corren los días,
y ya no hay tiempo que perder.

Junio, 1915.

La voz de la noche.

Aun quedan sabias alegrías:
si tú a mi anhelo te confías,
voy a donártelas, mujer.
Las horas corren, pasan los días,
y ya no hay tiempo que perder.

Sé del amor hechicerías,
y sé endulzar melancolías
y abrir las alas al placer.
Si tú a mis ansias te confías,
verás que en mis sabidurías
se encierra un mágico poder.

¡Qué luminosas fantasías!
¡Qué misteriosas armonías
ostenta un bello atardecer!
¡Qué trinos hay en las umbrías;
qué lumbres en las serranías;
qué suave y claro obscurecer!

¡Cómo en mis brazos soñarías!
¡Cómo a mis besos abrirías
tu juventud en flor, mujer!
Las horas huyen, vuelan los días,
y ya no hay tiempo que perder...

Bogando van mis alegrías;
del mar azul las lejanías
se doran en mi atardecer...
Si tú a mi barca te confías,
entra sin miedo, que son mías
las blancas velas del placer...
Las horas huyen, corren los días,
y ya no hay tiempo que perder.

Junio, 1915.

La voz de la noche.

Voz piadosa que dentro de mí suenas,
muchas gracias. En el silencio augusto,
aduermes tú mi corazón adusto,
consuelas tú mis impacientes penas.

Soy náufrago, y me cantan las sirenas;
soy arenal, y en mí crece un arbusto;
soy débil, y el dolor me hace robusto;
soy cautivo, y no siento mis cadenas.

¡Muchas gracias, voz íntima y remota,
que me refresca el ánimo, y que brota
de profundos y atávicos anhelos!

¡Gracias, mi madre, por tus oraciones!
¡Gracias, mi padre, por tus bendiciones!
¡Por vuestra pura fe, gracias, abuelos!

La confidencia.

¡Pobre galleguito, rubio y candoroso,
que a América vino sin ir a la escuela!
Tiene torpes andares de oso
y apacible mirar de gacela.

Su ademán es brusco, ¡pero qué sincero!
Su palabra es ruda, ¡pero qué leal!
Tiene el galleguito corpachón de acero
y alma de cristal.

¡Madera de santo, carne de héroe... pero
será «bodeguero»,
ganará dinero,
y hará capital.

Una vez nos vimos, y simpatizamos;
y en el «bar» humilde, muertos de calor,
charlamos, charlamos,
con los codos puestos sobre el mostrador.

Y pasan los días, y siempre le digo,
después de probar
mi vaso de «Láguer»:
—¡Si usted viera, amigo

qué linda es mi tierra; qué bueno mi hogar!
Y él me dice:
—¡Señor, qué delicia
es sentarse a cuidar el rebaño
a la sombra de un viejo castaño
o a la vera de un río, en Galicia!

Y así vamos, el hombre y el niño,
viendo, viendo...: él, la sierra; yo, el valle;
su aldea, él; yo, mi calle;
yo, mi lago; él, su Miño.

Y así enmudecemos, casi aletargados,
atisbando el recuerdo que vuela
por frente a mis ojos, negros y cansados,
por frente a sus grises ojos de gacela.

Lo que yo te digo, lo que tú me dices,
de mi hermosa tierra, de tu ancha campiña,
abre y emponzoña nuestras cicatrices...
¡Pobre galleguito, somos infelices!
¡Yo tengo nostalgia; tú tienes «morriña»!

Un amigo puntual.

Todas las noches lo espero.
—¡Quién sabe de dónde viene!—
Frente a mi reja detiene
su caja, el organillero.

En triste meditación
leyendo sin entender,
olvídome de encender
la luz en mi habitación.

Cuando ya la noche empieza
me place en la sombra estar,
que así puedo dibujar,
en la sombra mi tristeza.

Bulle, en la calle, la gente;
suenan los «fords» su bocina;
y, hecho una ascua, se ilumina,
en oro, el café de enfrente.

De pronto, viene ligero
y para junto a mi reja,
tal vez por costumbre vieja,
su caja, el organillero.

Es varita de virtud
el manubrio, porque siento
salir del tosco instrumento
voces de mi juventud.

Y en mi cerebro nublado
las impresiones, despiertas,
son un baile de hojas muertas
en un jardín olvidado.

Toca el organillo.—Toca
aires corrientes y feos
que alegran los tintineos
de una campanita loca.

Mas entre la baladí
música que atruena el viento,
oigo, a veces un vals lento
que es muy triste para mí...

—¡Mira qué cansado vine!
—¿Me quieres?
—Te quiero mucho...
—Pues toca tu vals, lo escucho,
y luego vamos al «Cine».

La muchacha sonreía,
porque es «dilettante brava»,
y yo miraba, miraba,
presentía... presentía...

Miro mi casa que engrien
sueños castos, horas quietas;
salen entre las macetas
rostros de niñas que ríen.

Es tarde; la luz se va,
y aun tengo el libro en la mano;
gruñe el perro, canta el piano,
y una voz grita: ¡papá!

Es la voz que aquí me nombra,
la que mi soledad llena,
la que en mi espíritu suena
como una fuente en la sombra.

Todas las noches lo espero;
y esperarlo me entretiene;
mi amigo el organillero
me toca el vals que yo quiero...
Quién sabe de dónde viene...!

La dádiva,

Un mendigo en la esquina de la calle,
ganguea su canción,
todo encorvado sobre la guitarra
(sin cuerdas ella, como él sin voz).

Es un anciano de ébano que luce,
de un blanco sucio los cabellos. No
encuentro símil más exacto que éste:
cabeza de ceniza y de carbón.

Un viejo esclavo que, como antes una
cadena, arrastra hoy,
entre harapos, por calles y por plazas,
su hambre, su libertad y su dolor.

Gentes desocupadas y curiosas,
niños y perros, su auditorio son:
vuelan los «autos», pasan las mujeres...
Todo es luz, regocijo, vida, sol.

Pueblo también, me paro a oirle. Sufro
de un poco de ternura y compasión;
y sufro de retórica, y por eso
el símbolo clarea en mi interior.

— ¡Mi alma es ese mendigo! —
El viejo esclavo
su gorra tiende al fin de la canción;
y, en calderilla, doile una limosna,
cual si a mí mismo me la diera yo...

Alta noche.

La ciudad, semiobscura, languidece.
Del cielo baja un cálido esplendor.
En los muros fantásticos, parece
que las flamas del gas tienen sopor.

Por callejuelas sórdidas me pierdo,
y, andando, andando, me detiene el mar;
me punzan las espinas del recuerdo,
¡y me pongo a llorar!

A ignota.

Bella y desconocida
tú pasas por mi vida;
y siento el corazón
levemente agitado,
porque tú lo has bañado
con luz de ensueño y de ilusión.

Desconocida y bella!
Una noche, una estrella,
la soñada Stambul;
el mar, la lontananza;
todo lo que es anhelo y esperanza,
todo lo que es fantástico y azul.

Y mi labio te nombra,
y atraviesas mi sombra
y siento acariciado el corazón.
¡Y en mi alma te diseño,
con misteriosa vaguedad de ensueño
y lejana belleza de ilusión...!

El hambre de las horas.

Las horas estaban coléricas;
las horas tenían hambre;
del antro profundo del tiempo
las horas salían voraces.
Erinnias rabiosas,
corrían el mundo ululantes;
y las sierpes de sus cabelleras
silbaban de ira en los aires.
Había en sus gestos trágicos, angustias;
había en sus senos flácidos, còraje;
y sus puños, cerrados y trémulos,
blandían puñales.

Las horas estaban enfermas;
las horas tenían hambre.
De día y de noche, por llano y montaña,
por tierras y mares,
por debajo del suelo, cual topos;
por encima del viento, cual aves;

perseguidas de lobos y buitres,
las horas buscaban, tercas, incansables.
Buscaban y hallaban. Los hombres,
repentinamente locos, cual enjambre
que, en tropel agitado, brotara
de los colmenares,
rompiendo celdillas y ceras,
y mieles volcando y panales,
querían—los hombres—salir al encuentro
de las horas hambrientas e implacables;
unos, deteniéndose;
otros, empujándose;
éstos, encendidos de valor y audacia;
aquéllos, cobardes;
pero todos, todos, todos acudían
a la voz de las horas enfermas,
que tenían hambre.

Engullendo, cruzaban los campos
de batalla, las horas fugaces.
¡Devoraban las vidas, los frutos
divinos del árbol fragante;
e iban arrojando—cáscaras inútiles,
o fardos vacíos—los cadáveres!
(En las noches de luna ¡qué opíparo
festín a los canes!)

¡Y siniestramente corrían las horas,
entre el espantoso clamor del combate;
entre el humo negro, los cañones roncos,
las balas silbantes!
Hastiadas de hombres, hincaban los dientes
en piedras antiguas, en viejos sillares;
y mordían, mordían palacios,
torres, catedrales.
¡Qué placer el de echar en los surcos,
en vez de semillas, andrajos de carne!
¡Qué gozo el de ver inundadas
las llanuras con linfas de sangre!
¡Qué infernal regocijo
el de ir arrasando ciudades,
y mirar el incendio en los muros,
que las llamas, sensualmente, lamen!
Devorados robustos varones,
buscaban las horas voraces,
lívidos ancianos, débiles mujeres,
rollizos infantes.
Y la muerte, como en los remotos
tiempos medioevales,
irónicamente reía, y cantaba:
«A mi danza venid, los mortales.»
Las horas estaban coléricas;
las horas tenían hambre,
y gruñendo salían del hondo
caos de las edades.

¡Señor, basta! Que ya es necesario
que las horas, hambrientas, se sacien;
vuelve a las tigresas a la nada, ahitas
de dolor, de miseria y de sangre.
¡Señor, lanza un rayo de tu omnipotencia,
y con él destruye cóleras y males;
el Hombre está loco, pávidas las almas,
enfermas las horas, mudas las piedades!
¡Paz, Señor, y esperanza y consuelo,
y que tornen las blancas, las suaves,
las dulces y lentas y paradisiacas
horas, en que duermen campos, urbes, cármenes,
y el ala del éxtasis despliega el espíritu,
y lo eleva a un sueño muy alto y muy grande;
y cierran las flores y encienden los astros
las maravillosas manos de los ángeles!

Las cartas.

Escribo.-Interrogo.-Espero.

En medio del bochorno de la siesta,
yo me pregunto: —¿Qué obsesión es ésta,
en la que inquieto y angustiado vivo?
Hece tiempo que escribo, escribo, escribo,
y nadie me contesta.
—Que ha llegado el vapor! Viene el cartero;
saluda de mi puerta en los umbrales;
me da libros, periódicos, postales...
¡y no me da las cartas que yo quiero!
Todos, al verle, se apresuran; giran
en torno de la gran bolsa de cuero,
preguntan: —¿Tengo cartas?— Y suspiran;
las reciben, sonríen y me miran;
yo espero, espero, espero...
Los huéspedes, leyendo, se retiran
y se marcha el cartero.
—¿Qué obsesión será ésta
en la que, en sombra y soledad me ahogo?
Interrogo, interrogo;
pero nadie contesta.

¿Cuándo vendrán? ¿Qué me dirán...? Y pienso
en la audaz aventura del viaje:
¡Qué pequeña una carta! El mar, ¡qué inmenso!
¡Y qué perfidias las del oleaje!
Tal vez, por compasión a mi destino,
como llegan sin besos ni caricias,
se quedaron, adrede, en el camino,
temerosas de dar malas noticias.
Quizá, para mi bien, alguna tuvo
la encantada virtud de un amuleto,
y una mano atrevida la detuvo,
rompió la nema y profanó el secreto.
¿Qué traerán, si vienen? ¿Un presagio
obscuro? ¿Una tragedia? ¿Un mal? ¿Un duelo?
¿Los ayes del naufragio?
¿La desesperación? ¿El desconsuelo?
¿Vendrán llenas de aliento y de ilusiones?
¿O de tristeza y de melancolía?
¿Me entregarán reliquias y oraciones?
¿Me dirán que soy bueno todavía?
¿Veré manchas de llanto en sus renglones?
¿Lograré adivinar las emociones
en los rasgos de la caligrafía?

Necesario es que pena y alegría,
en este mar de incertidumbres, breguen.
¡Oh, que lleguen, que lleguen!—digo un día...
Y digo al otro día: ¡que no lleguen!...

El buque se va.

Como en mis años de estudiante, llevo
un libro bajo el brazo.
¡Hermoso día
en que todo parece limpio y nuevo:
la luz, el horizonte, la bahía!
Yo salgo de la casa de un mancebo,
de dar clase de Historia y Geografía.
Voy por el «Malecón» entretenido
en pensar versos que después olvido.
El panorama con la vista abarco,
y me deslumbra. —Hace un calor de fragua—.
¡Qué brillante está el cielo! El mar ¡qué zarco!
Y cual un monstruo enorme a flor de agua,
por la «boca» del Morro sale un barco.

En pie, sobre cubierta,
todo el pasaje, para ver, se asoma:
y un prisionero afán., que en mí despierta,
sigue del mar las espumantes rayas

que deja el buque, cuando, airoso, toma
el rumbo de mis playas.
Yo grito con los ojos: ¡No te vayas,
no te vayas sin mí! —Pero es inútil.
Los barcos no conocen este fútil
e incomprensible idioma...

De repente, sonrío: la paloma
de un pañuelo, aletea; y es consuelo
que me impregna el espíritu de aroma...
No distingo quién es, mas ese vuelo
deja que mi amargura se mitigue,
un ansia de partir mueve mi duelo,
y una rebelde lágrima persigue
el adiós misterioso del pañuelo...!

Presagio.

Tarde azul... Estoy sentado
en una banca del Prado;
y, de pronto, he sorpredido
a un gorrión enamorado,
que hace, en una rama, el nido.

El crepúsculo es ventalle
de colores.—Ni un detalle
pierdo del gorrión bizarro
que alzó un alcázar de barro
con basuras de la calle.

Va adelante, vuelve atrás,
y mi corazón le dice.
«¡Qué fatiga! Vienes, vas...
¡Pobre pájaro, tú estás
haciendo lo que yo hice!»

«Concluye, que poco falta!...»
Mas de improviso me asalta
un temor, y me parece
que cae una nube alta
y en el horizonte crece.

Y pienso: «Nubes violentas
vienen por el mar, y así
se aproximan las tormentas...
¡Pero tú no te amedrentas,
gorrión de alas cenicientas!
Te va a pasar lo que a mí!

Cirilo.

Todas las mañanas me levanto un poco
tristón, y con una fatiga de enfermo.
(Es que me maltratas, pensamiento loco,
y llenas de absurdos las horas que duermo.)
El agua del baño me entona y alienta.
—¡Hay que vivir...!—pienso. Me visto de prisa,
oculto el huraño mal que me atormenta,
y esbozo en mi cara, gorda y macilenta,
la habitual sonrisa.
Salgo: soy un hombre vulgar y tranquilo,
un burgués amable, de costumbres sanas.
Ya sé que, buscando callejero asilo,
entre los portales del Prado, Cirilo
me sale al encuentro todas las mañanas.
Es un niño negro, de sangre ligera.
Diez años. Frescura. Candor. Picardía.
Un gorrión travieso de la primavera,
que tiene por alas, Hambre y Alegría;
y que, como un noble la espada guerrera,
pendiente del cinto luce la cartera
donde se amontona la prensa del día.

Gorra en la pasuda cabeza; vestido
harapiento y pulcro. Y en la actitud franca,
rasgos de un carácter fuerte y atrevido.
Y en el rostro chato, de ébano bruñido,
la húmeda sonrisa, muy roja y muy blanca.

Entre el río humano que, a veces, se estanca,
y por el que cruzan curiosos testigos,
nos sentamos juntos en la misma banca,
y charlamos como dos buenos amigos.
—Gusto de asomarme como a una cisterna,
para ver el fondo de agua pura, a estos
espíritus simples.—Tiene el alma tierna
el niño, y la pone, cual es, en la eterna
cháchara que animan expresivos gestos.

La pobre criatura vive en un lejano
solar, del que sale, no bien se ilumina
el Oriente, y corre, desde muy temprano,
la ciudad entera, poniendo la mano
como una bocina,
para que se oiga, de Obispo a Galiano,
su grito incansable de:—¡«Mundo»! «¡Marina!»
Tiene padre y madre y hermana y hermano;
a estos chiquitines, los cuida la abuela;
mendigan los padres; él da ayuda escasa,
y todos se juntan al volver a casa,
unos de la calle y otros de la escuela.

El hogar es centro de hábitos metódicos;
los viejos, imploran, rezan y bendicen;
los chicos, estudian, él vende periódicos,
y ya, con esfuerzo, sabe lo que dicen.
¡Qué cosas me cuenta del barrio y la gente!
¡Qué ingenua es la fábula de sus travesuras!
¡Y cómo describe, pintorescamente,
los mil y tres lances de sus aventuras!
Recorre la Habana, gritando y de un vuelo;
gana treinta *kilos; fajarse* es su halago;
ir adonde bailan *rumbas,* su desvelo...
¡Y qué hondo me mira siempre que le hago
mis impertinentes preguntas de abuelo!
Tiene fe en sí mismo, porque yo le escucho
decir: —«Ya están viejos mi padre y mi madre;
y quiero ser hombre para ganar mucho:
¡hay tantos que han sido como yo, compadre!»
Sentimiento, audacia, viveza, ternura;
¡qué alma tan hermosa germina en el niño!
El sol nimba y dora la cabeza obscura,
y yo veo cómo fulge la negrura,
y aquella negrura se me vuelve armiño!
¡Qué gran esperanza de vida futura!
¿Conque no se ha ido la Bondad del mundo
y anda entre las gentes? ¿Conque todavía
hay almas que sientan lo que yo sentía:
la piedad sublime, y el amor profundo?

¡Feliz tú que tienes un hogar tranquilo;
y un amor, y un beso, y un oculto asilo
en el que te esperan, por el que te afanas:
—Don Luis, hasta luego...
—Ve con Dios, Cirilo...

Le pago con unas monedas de a *kilo,*
y me quedo solo todas las mañanas...

Angulus ridet.

Un rinconcito de jardín humilde
y en él, un árbol de apretada copa;
—un roble añoso y lánguido que tenga
fresco el follaje y verdiazul la sombra.
Allí, un viejo sillón—claustral y cómodo
refugio de cansancios—donde todas
las mañanas me siente, y, en silencio,
repase de mi vida las memorias
como las cuentas de un rosario. Una
casa de muro enjabelgado y tosca
majestad; de interior austero y pobre,
sin resonancias (una pieza sola,
con un estante antiguo, una ancha mesa
y un blanco lecho; comedor y alcoba.)
Una docena de libracos míos,
camaradas de goces y de glorias,
que encendieron su lámpara divina
en la quieta penumbra de mis horas.
—Clásicos españoles: los Romances,
Fray Luis, San Juan, Lope de Vega, Góngora,
y Cervantes (Cervantes es mi guía;

Quevedo, no; Quevedo es otra cosa.
En Miguel es la sátira, contenta;
y en don Francisco la ironía, torva;
pero Miguel y don Francisco tienen
sutil ingenio y alma generosa).

El rinconcito de jardín, el roble,
y la estancia y los libros, he aquí toda
la ilusión que me queda: —¡Qué fracaso,
qué gran fracaso el de mi vida loca!
En esa soledad sueño así como
soñé, de niño, en la primera novia.
El alma, avergonzadamente, pide
el reposo después de la derrota.
De cuando en cuando, una visión amable;
de cuando en cuando, el ala de una estrofa;
y algún bello crepúsculo y alguna
primaveral emanación de rosas.
Y paz. La paz de la vejez tranquila,
la paz humilde, resignada y honda,
que cura, lentamente, los dolores
y que es como el principio de la otra...

Nuestras vidas son los ríos...

A Eduardo Sánchez de Fuentes.

... Yo tenía una sola ilusión: era un manso
pensamiento: el del río que ve próximo el mar
y quisiera un instante convertirse en remanso
y dormir a la sombra de algún viejo palmar.

Y decía mi alma: turbia voy y me canso
de correr las llanuras y los diques saltar;
ya pasó la tormenta; necesito descanso,
ser azul como antes y, en voz baja, cantar.

Y tenía una sola ilusión, tan serena
que curaba mis males y alegraba mi pena
con el claro reflejo de una lumbre de hogar.

Y la vida me dijo: ¡Alma, ve turbia y sola,
sin un lirio en la margen ni una estrella en la ola,
a correr las llanuras y a perderte en el mar.

Llama perenne.

A obscuras, no. Yo siempre necesito
una luz, en el alma
que es, como una capilla por la noche:
misteriosa y cerrada.
No quiero que profanen
cínicamente el ara,
apetitos, placeres o deseos,
deleites viles o ilusiones bajas.
Nadie puede entrar ya; cerré la puerta
con dos vueltas de llave. Y en la santa
penumbra, mis recuerdos se arrodillan
frente a una imagen dolorosa y casta.

La vida bulle afuera. Algunas veces,
cruzan por el cristal de la ventana
—bordaduras efímeras de seda—
las sombras de los pájaros que pasan.
A veces, las tormentas de la vida,
rompiendo las vidrieras con sus ráfagas,

entran, y como alientos iracundos,
la insomne luz de la capilla apagan.
Pero mi corazón, que vela siempre,
devoto de ideal y de esperanza,
—¡«A obscuras, no!»—me dice.—Y, en silencio,
vuelve a encender la lámpara.

Visión de abril.

Variaciones de mis viejos temas.

Ya nieva en mi vida;
ya el hielo mis flores quemó;
ya vienen las noches sin astros,
los días sin sol.
Ya es una viejita mi alma,
que se pasa el tiempo cerrando el balcón
para que no entren los aires de afuera
y se le exacerben el asma y la tos.
Pobre chimenea es ya mi memoria,
donde, entre cenizas, relumbra el fogón;
frente a ella, dormita la anciana
que se reconforta con ese calor.

Nadie cruza por este camino,
el viento que pasa no trae una voz;
todo es sombra, tristeza, silencio,
soledad, pavor.

De repente, un grito de pájaro suena,
y bajo el alero de mi corazón,

una golondrina sacude las alas
como si estuviese bañándola el sol.

Tras de la vidriera la anciana la mira,
y le dice:

«¡Torpe y última ilusión,
parece mentira
que aun vengas a este corazón!
Hace tiempo se fué la parlera
tropa alada; el jardín se secó.
¿Qué es lo que te espera,
pequeño fantasma de la primavera,
gentil pensamiento de amor?
Cae la neblina,
llora el viento; la luz, se apagó;
vete, peregrina,
celestial pensamiento de amor,
fugaz y divina
y última ilusión,
vete, golondrina,
vete, porque no
quedan nidos en esta ruina,
olvidada y triste de mi corazón...»

Nocturno:

Dice bien el filósofo: —Estamos siempre juntos,
vivos, ausentes, muertos... ¡Qué gran consolación!
La inmaterial caricia de todos mis difuntos
con pálida aureola me ciñe el corazón.

Cuando en las noches siento las manos de fluído
que un halo azul extienden en torno de mi sién,
y escucho, desde lejos, llegar hasta mi oído
la voz apasionada que me repite: ¡Ven...!

Ya sé que son mis almas. —¡Son ellas—pienso—; ellas!
Y corro; y las ventanas abro de par en par...
¡Y qué amorosamente me miran las estrellas!
¡Y qué cosas me dice mi buen amigo el mar!

Julio, 1915.

Invitación sentimental.

Amiga; entra en mi sombra si lo quieres;
encenderé la luz de un alborozo
para que cruces sin temor... Tú eres
mi último encanto y mi doliente gozo.

Te haré un himno de amor con un sollozo,
y en premio a las ternuras que me diste,
me limpiaré una lágrima radiante,
y te la prenderé como un diamante
sobre la frente fatigada y triste.

Ni impulso temas, ni delirio esperes;
cielo y mar, callan. Y en la noche sola
con pálido fulgor de estrella, hieres
la obscuridad insomne de la ola...
Tuyo es mi corazón. —Entra si quieres,

Septiembre 1, 1915.

Fraternidad.

—Estoy condenada a soledad perpetua.

¡Alma herida de muerte por el dolo y la zaña
del destino; hay un mundo de dolor en tu frase:
pena, tímida siempre, recelosa y huraña,
como gota de llanto que brilló en la pestaña
sin sentir el pañuelo que, al pasar, la enjugase!

Cual yo, tienes hastío de todo lo que existe;
y tu dolor escondes, cual si fuese un delito;
tú también estás sola, tú también estás triste,
y, ante el mundo, conviertes en sonrisa tu grito.

Corazón que apagaste del anhelo las llamas;
corazón habitado por la sombra y la duda;
corazón que no esperas, corazón que no amas,
y el cilicio te ciñes en la carne desnuda.

Ansiedad sin quimeras, inquietud sin objeto...
¡Quién lograra—¡oh, mi dulce compañera afligida!—
colocar en tus manos el divino amuleto
del amor, que devuelve la esperanza y la vida...!

¡Quién pudiera ofrendarte la caricia inocente
que revive en el pecho la ilusión buena y mansa;
reclinar tu cabeza, pensativa y doliente,
en la nube de un sueño y decirte: descansa!

Si la luz de mi angustia tu dolor aureola;
si en mi Otoño hay un árbol que te brinde su abrigo;
si mis lágrimas riegan tu marchita corola,
¡alma herida de muerte, mi destierro bendigo!

... Y te beso los ojos, y al besarlos, te digo:
Tú también estás triste, tú también estás sola!

Septiembre, 1915.

Vespertina.

En la playa obscura.

Y la miré partir. Fué un vivo
instante lleno de emoción.
Me quedé mudo y pensativo.
Era la última ilusión.

Lucía el mar todas sus galas:
nieve y cristal, oro y zafir.
Mi corazón cerró las alas
como ave ansiosa de dormir.

Drama de luz triste y augusto,
iba el ocaso a fenecer.
Mi alma sufría en el adusto
silencio del atardecer.

La onda azul, blanca la estela;
una florida embarcación,
y un horizonte y una vela...
¡Se fué, llorando, la ilusión!

Ni amor, ni ensueño, ni alegría.
¿Cómo vivir? ¿Cómo cantar
abandonada poesía,
si hasta el dolor nos va a dejar?..

La sombra inmensa se extendía,
y me quedé mirando el mar...

Enero, 1916.

"Nessun maggior dolore..."

6 de enero.—Día de Reyes.

Hoy hace siete años que junto a mí decía
una mujer: —¡Te quiero!— Era rubia y gentil;
sus ojos, el crepúsculo de una melancolía;
sus labios, la corola de una flor en abril.

Con precisión recuerdo que aquel glorioso día
compuse, como en éxtasis, un madrigal sutil
en que la mariposa de un beso, perseguía
los giros de una mano de nácar y marfil.

¡Noche de Reyes, vida! Cual si yo fuera un niño,
dejaste en mi zapato la ofrenda de un cariño
que fué de mis pasiones el último esplendor.

Hoy dejas en mis pobres abarcas de viajero
la remembranza de una remota dicha..., pero
que, en la miseria, sólo me sirve de dolor.

En la hostería.

Y así exclamó el amigo, maestro de perfidia,
en tono lírico y burlón:

¡Pequeño mundo de la envidia,
de la maldad y la pasión;
pequeño mundo de la insidia,
del egoísmo y la murmuración!

¡Surtida caja de miserias
que en su menuda pequeñez
esconde duelos y lacerias
en una cáscara de nuez!

Todo es fingido y retocado,
amor, belleza, juventud,
todo inferior y falseado:
el vicio como la virtud.

Aquí la química está usada
como un recurso de ilusión;
hay rubias de agua oxigenada:
rubores hay de quita y pon.

Ellos, de orgullo son un fardo:
mas se sorprende en su disfraz
la espuela de oro de Bayardo
en los tacones de Gil Blas.

Ellas son búcaro de hechizos,
pero no ven, en su candor,
que se distinguen los postizos
en el peinado y el honor.

—Mi viejo amigo, buenas noches!
—Adiós, hermoso querubín...
¡Qué gran comedia de fantoches
en un tablado chiquitín!

¡Qué divertidos escarceos
de simpatía y de piedad!
¡Qué maliciosos cuchicheos,
y qué sonrisas de amistad!

Este es soldado, aquél teósofo,
éste tahur, artista aquél;
y un comerciante, y un filósofo...
¡Si es una torre de Babel!

Como se tienen desconfianza,
si la tertulia se animó
hablan de ensueño y esperanza...
pero se cuidan el reló.

Siempre dispuestos al viaje
nunca abandonan su inquietud;
y tienen listo el equipaje
lo mismo que la ingratitud.

Su afán de vuelo se concreta
a preguntar cuándo hay vapor,
y a sepultar en la maleta
un desencanto y un amor.

¡Triste montón de infortunados
en el que juntos van también
algunos pobres expatriados,
a quienes miran con desdén!

Todos llevamos una herida
y la queremos ocultar;
aventureros de la vida,
excomulgados del hogar.

¡Qué miserable es, y qué mustia,
vida sin fe, verdad, ni amor;
pequeño mundo de la angustia,
de la maldad y del dolor!

Canción callejera.

Despierto.—Estoy entre la sombra. Miro
entrar por el balcón la luna llena.
Pienso en mi larga soledad; suspiro.
Es media noche: una guitarra suena
en la calle. Y escucho una serena
voz de mujer que canta...
En mi retiro,
por acallar y entretener mi pena,
versos ajusto al caprichoso giro
de la vulgar y frívola canción.
Y dice:
—Corazón,
esconde tu ilusión;
mira que si huye tal vez ya no vuelva;
la noche es medrosa, profunda la selva,
y la ilusión tiene alas, corazón.

Yo abrí la jaula un día,
y el pájaro se fué. Mi alma sentía
afán de que volviese la ilusión.
¡No ha de venir! Y tengo todavía,
como jaula vacía,
de par en par abierto el corazón!

Febrero, 3, 1916.

La vida a bordo.

A Manuel.—A Eduardo.—A Leopoldo.

I

MEDIA NOCHE

No cantan las olas; parece que gimen:
y cuando en la calma solemne del mar,
los flancos del buque golpean y oprimen,
parece que ansían llorar.
En la gran llanura, negra y cristalina,
se extiende una blanca senda de esplendor,
por donde mi sueño camina, camina,
en busca del último amor.
Por sobre cubierta pasa un marinero,
lo escucho en voz baja cantar.
Yo miro los astros, diciéndoles: — «Quiero
ser como vosotros: ver el mundo entero,
por ver solamente mi hogar.»

La luna en creciente, cual vaso de acero,
colgada del clavo de luz de un lucero,
alumbra la enorme tristeza del mar.

II

MEDIODIA

Es un cuadro de género: — Hay dos bancas vecinas:
en ésa, están dos frailes de cerquillo y cordón;
en aquélla, tres monjas, como tres golondrinas,
murmuran, al unísono, la inocente oración.

Y — ¡Oh Fortuny, si vieras! — en medio de las bancas
la tiple madrileña y el torero andaluz;
como en baile gitano, luciendo ella las ancas;
y él en *pose* como enfrente de invisible testuz.

Mediodía. Mar lento. Los frailes franciscanos
inclinan los cerquillos, y de soslayo ven;
y, en las cruzadas mangas escondidas las manos,
las santas religiosas curiosean también.

La calma de la hora, la luz, el mediodía,
el soplo del pecado, la buena digestión,
dan a los rostros místicos un aire de alegría,
y en cada padrenuestro y en cada avemaría
encienden un fragante grano de tentación.

Yo miro el lienzo:
Grises horizontes lejanos,
el viejo buque henchido de placidez y luz;
musitar de oraciones, y decires livianos;
tres monjas apacibles, dos frailes franciscanos,
una maja de Goya y un torero andaluz.

III

VESPERTINA

Seda blanca es el mar; se mueve como
un seno de mujer a quien incita
levemente el deseo. La onda agita
su pálido perfil de terso plomo.

Entre la niebla gris no hay un asomo
de inquietud. En la bóveda infinita,
la estrella de la tarde es margarita
de plata, en el ocaso policromo.

Desde mi silla de cubierta miro
anochecer. En el salón el piano
preludia. Escucho junto a mí un suspiro,

y, absorta en el crepúsculo lejano,
está una rubia de ojos de zafiro
con un tomo de versos en la mano.

IV

ÉXTASIS

Cielo blanco; mar negro. Y una estrella que brilla,
con orientes de perla, sobre azul nubarrón;
y la paz de la noche, tan solemne y sencilla,
tan acariciadora para mi corazón.

Mi espíritu está en éxtasis ante la maravilla
de infinito y misterio. Y se adormece, al son
de las olas, mi pena, como dócil chiquilla
que escuchase en la cuna la materna canción.

Y mi pobre alma siente, mientras mira y se asombra,
el secreto apacible de un jardín en la sombra.
¡Ruiseñor del recuerdo, ya empezaste a cantar!

Se ha cansado la vida; se ha dormido la pena,
y mi ser se diluye, con ternura serena,
en lo claro del cielo y en lo obscuro del mar!

V

TENTACIÓN

Malagueña que tienes trastornado al pasaje,
con tus ojos de ónix y tu cara trigueña,
y el andar voluptuoso de tu cuerpo, que enseña
provocativas curvas bajo el lino del traje;

el galán que te sigue, como a dama su paje,
en hacerte la corte cual ninguno se empeña,
y a pesar de que a todos tu altivez los desdeña,
quizás bordes con éste tu aventura de viaje.

Mientras, graciosamente, con tu mano pequeña,
clavas el áureo broche—que es artístico encaje—
en la fosforescente negrura de tu greña,

las miradas furtivas cometen el ultraje
de desnudar tu cuerpo, lasciva malagueña,
cuya hermosura tiene trastornado al pasaje.

VI

VISIÓN BIBLICA

Por la cubierta, como por un corredor largo,
después de la comida, los pasajeros van:
cerró la noche, espesa de bruma, y, sin embargo,
los dorsos de las ondas fosforesciendo están.

Una alegría falsa despierta del letargo;
el *flirt* eterno junto a una Eva y un Adán;
y charlan la *miss* rica y el joven sobrecargo,
la célebre *divetta* y el viejo capitán.

¡Pequeño mundo que anda flotando en el abismo,
extracto de miseria, de mal y de egoísmo,
y jaula de pasiones que vienen y que van!

La previsión del Arca de Noé, aquí se explica,
oyendo al sobrecargo *flirtear* con la rica
y viendo a la *divetta* lucir al capitán.

VII

AVENTURA

En el verde menta de las olas, brinca
—repujado argento—la espuma, hecha luz,
y en el horizonte, color de pervinca,
se juntan y funden lo verde y lo azul.

¡Mañana de mayo, divina mañana,
toda colorido, toda resplandor,
que esfumas en blanco la costa lejana
en el tenue friso granate del sol!

Guarecido, anoche, bajo puerta obscura,
en la calle sola de la gran ciudad,
me dieron un largo beso de ternura,
al fulgor ardiente de la tempestad.

¿Quién me hizo la dulce dádiva sincera?
Unos labios frescos y un fiel corazón;
la mujer, que, acaso, será la postrera;
quizás mi tranquila y última ilusión.

Llovía. Yo estaba libando en los rojos
labios tentadores, la miel de un panal.
La luz del relámpago, ponía en sus ojos,
una pincelada de lumbre ideal.

Y mientras el rayo tronaba en los cielos
y, gris y sonoro, caía el turbión,
todas mis tristezas, todos mis anhelos,
estaban pendientes de un beso de amor.

Después... Recorrimos la «Quinta Avenida»,
nos paramos frente de cada cristal;
y hablamos de amores, de ensueño y de vida,
entre las penumbras del «Parque Central».

Y en una caricia, y una ansia, y un ruego,
hicimos proyectos sobre el porvenir;
me dejó en el «muelle»; me dijo: ¡Hasta luego...!
y a mi camarote me vine a dormir.

¡Ciudad estupenda, de lucha y ahinco;
ya no he de olvidarme de la tempestad:
de la calle obscura (la sesenta y cinco),
la «Quinta Avenida» y el «Parque Central»

¡Mañana de mayo, mañana divina,
toda colorido, toda resplandor,
que velas la blanca costa neoyorkina,
donde se ha quedado mi última ilusión ..!

VIII

LA MAMA DE LA DIVA

La mamá de la diva, de volumen grotesco,
monumental abdomen y perfil de tonel,
levanta la cabeza con orgullo simiesco,
cual si ostentase una corona de laurel.

A paso de tortuga sale a tomar el fresco;
su majestad recorre el vapor, porque en él,
ella es la reina madre, del desfile histrionesco,
en el que, como todos, representa un papel.

El netezuelo viene; es un niño de fina
elegancia; la abuela, por besarlo, se inclina;
—figuraos a un monstruo soplar sobre una flor—;

Y yo digo:—Esta rosa—¡qué misterio profundo!—
viene de la ballena, cuyo vientre echó al mund o
por divino milagro, a un gentil ruiseñor...!

IX

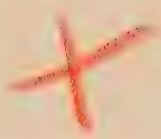
EN EL COMEDOR

El viejito que come junto a mí, y está enfermo,
me ve con sus vidriosas pupilas apagadas,
que son como dos cuentas de azabache, incrustadas
en un rugoso estuche de piel de paquidermo.

¡Qué malos son sus ojos; su espíritu, qué yermo!
¡Qué vida seca y torpe denuncian sus miradas!
Es la vejez del ogro de los cuentos de hadas;
un Falstaff con reuma; un Calibán con muermo.

¿Quién eres tú, viejito, tan solo y tan huraño?
¿Qué feroz aventura, qué romance de antaño
escondes en ese aire malévolo y glotón?

Y vas en este buque—¡Oh, andrajo de la suerte! —
como si te llevase, con rumbo hacia la Muerte,
por la brumosa Estigia, la barca de Carón.



X

PENSAMIENTO MATINAL

El vidrio azul y despulido de las
olas, al sol de la mañana, brilla.
La nublazón, remota y amarilla,
es cortinaje de doradas telas.

¡Visión de inmensidad, que me revelas
lo frágil y pequeño de mi arcilla!
¡Mar fúlgida, alta mar, mar sin orilla,
al asombrarme, cómo me consuelas!

Huye mi alma a ras del oleaje,
cual pájaro veloz de leve pluma,
y la tristeza que a la vida traje,

se desvanece frente a ti, se esfuma,
y es sombra de vapor... como el celaje;
fantasma de cristal... como la espuma.

Vespertina.

En los barrios bajos.

A FRANCISCO VILLAESPESA

En la dorada tarde, en un divino
crepúsculo de agosto—que a las cosas
da un matiz nacarado y cristalino,
cual si estallara el cielo vespertino
en polvo de diamantes y de rosas,
impenitente soñador camino.
Voy por las calles de Madrid. Me enredo
en mi divagación hasta que, a un paso,
miro cómo el incendio del Ocaso
se asoma por la Puerta de Toledo.

¡Ah, templo carcomido, fuente vieja,
quebrado pavimento, sucia plaza,
portal sombrío, enmohecida reja,
qué evocadora presentáis la traza!
Algo, la vida que se va, nos deja
en el alma, en el hierro o en el muro:
el tiempo, al avanzar, su rastro obscuro,
y el tramonto del sol, su luz bermeja.

Huele a taberna, a sordidez, a incuria.
(El urbano suburbio es siempre el mismo.)
Pasan mujeres de ojos de lujuria,
hombres que ven con insolencia y furia,
y ancianos que hacen gestos de cinismo.
La pared triste, aquí y allá, se alegra
—en angostos balcones mal dispuestos—
con una línea de floridos tiestos
que es un festón en la fachada negra.

No es de estas gentes la miseria, fosca;
en correr tras el pan, no llevan prisa,
y aderezan su gracia, ágil y tosca,
con una suave y natural sonrisa.

De pronto, hacia mí viene
una chicuela de los *barrios bajos,*
que tiene dulce la mirada, y tiene
limpios, cual la mirada, los andrajos.
En el rubio trigal de sus cabellos
y en su cara que enciende la delicia
de unos ojos tan claros y tan bellos,
la luz crepuscular pone destellos
que parecen hacer una caricia.

Y la muchacha muestra, de mí enfrente,
cierta infantil curiosidad. De hito

en hito, me está viendo. Y, de repente,
me pregunta atrevida y sonriente,
—«¿Usted no es madrileño, señorito?»
—«No—le respondo—. Y dime, criatura;
¿Por qué crees que no soy de esta tierra?»
—¡Toma!—dice la audaz—; por la figura.»
Y a ofrecerme *La Corres* se apresura,
insinuando:—«Hay noticias de la guerra!»
Y aquí terminan cuento y aventura.
Eché unas *perras gordas,* como pago,
en la mano extendida y descuidada,
y me acordé del inocente halago
del cura del Pilar de la Oradada.

Mariposa de harapos, ¿en qué flores
de vicio, un día libarás las mieles
del deseo? Los años son crueles
y nos roban muy pronto los candores.
¡Pobre niña que vas, cándida y sola!
Don Juan acecha y Celestina ríe...
Te pone el sol de Ocaso una aureola,
y la tarde en sus oros te deslíe.
Tu belleza es gentil, pero no fuerte,
lirio de amor, que cubren los andrajos.
El Ogro está escondido y va a comerte
Caperucita de los *barrios bajos.*
Nombro a los míos, y me asalta el miedo;
en mi fatal divagación me enredo...

Ya es una sombra en el confín la niña.
Y yo, con ansias de llorar, me quedo,
mirando la aridez de la campiña
que asoma por la Puerta de Toledo.

Madrid, agosto 1916.

La elegía del retorno.

A FRANCISCO A. DE ICAZA

Volveré a la ciudad que yo más quiero
después de tanta desventura; pero
ya seré en mi ciudad un extranjero.

A la ciudad azul y cristalina
volveré; pero ya la golondrina
no encontrará su nido en la ruina.

Volveré tras un año y otro año
de miseria y dolor. Como un extraño
han de verme pasar, solo y huraño.

Volveré por la noche. En la penumbra
miraré la ciudad que arde y deslumbra
como nube de chispas que se encumbra.

Buscaré un pobre lecho en la posada,
y mojaré de llanto la almohada
y me alzaré de prisa a la alborada.

Veré, a las luces de la aurora, inciertas,
las calles blancas, rígidas, desiertas,
los muros grises, las claustrales puertas.

Mis pasos sonarán en las baldosas
con graves resonancias misteriosas
y dulcemente me hablarán las cosas.

Desde el pretil del muro desconchado
los buenos días me dará el granado
y agregará: —¡Por Dios, cómo has cambiado!

Y la ventana de burgués aliño,
dirá: —Aquí te esperaba un fiel cariño!—
Y el templo: —Aquí rezaste cuando niño.

Dirá la casa: —Verme te consuela!—
¿Nunca piensas en mí?—dirá la escuela;
y —¡Qué travieso fuiste!—la plazuela.

Y en esa soledad, que reverencio,
en la muda tragedia que presenció,
dialogaré con todo en el silencio.

Caminaré; caminaré... Y, serenas,
mis pasos seguirán, mansas y buenas,
como perros solícitos, las penas.

* * *

Y tornaré otra vez a la posada,
y esperaré la tarde sonrosada,
y saldré a acariciar con la mirada

la ciudad que yo amé desde pequeño,
la de oro claro, la de azul sedeño,
la de horizonte que parece ensueño.

(¡Cómo en mi amargo exilio me importuna
la visión de mi valle, envuelto en luna,
el brillo de cristal de mi laguna,

el arrabal polvoso y solitario,
la fuente antigua, el tosco campanario,
la roja iglesia, el bosque milenario!

¡Cómo han sido mi angustia y mi desvelo,
el panorama de zafir, el hielo
de los volcanes decorando el cielo!)

Veré las avenidas relucientes,
los parques melancólicos, las gentes
que ante mí pasarán indiferentes.

O, tal vez sorprendido, alguien se asombre;
y alguien se esfuerce en recordar mi nombre;
y alguien murmure: ¡Yo conozco a ese hombre!

Iré como un sonámbulo; abstraído
en la contemplación de lo que he sido,
desde la sima en que me hundió el olvido.

Iré sereno, resignado y fuerte,
mirando cómo transformó mi suerte
la ingratitud, más dura que la muerte.

Y en el jardín del beso y de la cita,
me sentaré en mi banca favorita,
por ver el cielo y descansar mi cuita.

Entre la sombra, me dirán las flores:
—¿Por qué no te acompañan tus amores?
Tú eras feliz; resígnate; no llores.—

Y en el jardín que la penumbra viste
podré soñar en lo que ya no existe,
y el corazón se sentirá más triste.

Evocaré los seres y las cosas,
y cantarán, con voces milagrosas,
las almas pensativas de las rosas.

Mas ni un mirar piadoso; ni un humano
acento, ni una amiga, ni un hermano,
ni una trémula mano entre mi mano.

Entonces, pensaré con alegría
en que me ha de cubrir, pesada y fría,
tierra sin flores, pero tierra mía.

Y tornaré de noche a la posada,
y, al pedir blando sueño a la almohada,
sintiendo irá la vida fatigada
dolor, tristeza, paz, olvido, nada...!

En el fondo de un viejo parque.

A MANUEL MACHADO

... Y la imaginación, cual niña incauta,
corre por el jardín de la quimera.
No sabe adónde va; pero siquiera
huyó, libre del yugo y de la pauta.

(Navega así por el Océano el nauta;
sin miedo a la onda). Olor de primavera
viene a mí, y en la brisa mañanera
hay rumores de música de flauta.

¡Herido cisne, espíritu, suspende
tus aleteos; el delirio esplende,
y la esfinge va a hablar; oye y espera.

Calla el recuerdo y el dolor olvida,
y en inocente libertad, la vida
corre por el jardín de la quimera.

Madrid, julio 1916.

Junto a la fuente de un barrio.

A LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ

Las fuentes viejas y los hombres buenos
una emoción me causan parecida;
el musgo en el brocal, la piedra hendida,
y los perfiles del tazón, morenos.

Mas hace muchos años, de sus senos,
brotar se ve, como por una herida,
el agua virginal que nos convida
con sus cristales limpios y serenos.

Todo en la fuente ha envejecido, menos
el agua, la inmortal recién nacida...
(¡Oh corazones de ternura llenos

manad amor, por la incurable herida!)
¡Qué afinidad evocan, en mi vida,
las fuentes viejas y los hombres buenos!

Madrid, octubre 26-1916.

Índice.

	Páginas
Envío al poeta Nervo	7
Un gran poeta	9
El poema del Mariel	13
Dolor austero	27
Carpe diem	31
La voz de la noche	35
La confidencia	39
Un amigo puntual	43
La dádiva	49
Alta noche	53
A ignota	57
El hambre de las horas	61
Las cartas	67
El buque se va	71
Presagio	75
Cirilo	79
Angulus Ridet	85
Nuestras vidas son los ríos	89
Llama perenne	93
Visión de abril	97

Páginas

Nocturno..... 101
Invitación sentimental..... 105
Fraternidad..... 109
Vespertina..... 113
«Nessun maggior dolore...» 117
En la hostería..... 121
Canción callejera..... 127
La vida a bordo 131
Vespertina..... 147
La elegía del retorno 153
En el fondo de un viejo parque 161
Junto a la fuente de un barrio..... 165

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ,
EL DÍA IX DE NOVIEMBRE
DE MCMXVI

COLECCIÓN RUBÉN DARÍO

I.—El glosario de la vida vulgar (de Luis G. Urbina).

II.—Homenaje a Rubén Darío.

III.—En la paz de los Cipreses (Francisco Villaespesa).

Seguirán obras de José Ingenieros, Rubén Darío, Amado Nervo, Alberto Ghiraldo, Ricardo Jaime Freire, Antonio Machado, Manuel Machado, Justo Sierra, Julio Herrera Reissig, Alfredo Blanco.